

—Extraordinario—dijo el alcalde—, extraordinario. ¿Y ahora piensa usted quedarse con nosotros en Riva?

—Yo no pienso—dijo sonriendo el cazador. Y, para neutralizar el sarcasmo, apoyó su mano sobre la rodilla del alcalde—. Yo estoy aquí; más no sé; más no puedo hacer. Mi barca no tiene timón; navega con el viento que sopla en las más bajas regiones de la muerte.

7. LA CONSTRUCCIÓN DE LA MURALLA CHINA

La muralla china fue terminada en su punto más septentrional. La construcción se inició en el sudeste y en el sudoeste, y aquí desembocó. También dentro de los dos grandes ejércitos de trabajo, el ejército del este y el del oeste, se siguió este sistema de construcción por sectores. Así fue que se formaron grupos de unos veinte trabajadores que debían levantar una muralla parcial de unos quinientos metros de largo, más o menos, mientras que un grupo vecino construía una muralla de igual largo en dirección opuesta. Pero una vez que se llevaba a cabo la unión en modo alguno se proseguía la construcción al final de estos mil metros, sino que, por el contrario, se enviaba a esos grupos de trabajadores a construir la muralla en regiones completamente distintas.

Naturalmente, de esa forma quedaron muchas grandes brechas que sólo lentamente fueron cubriéndose, y más de una, inclusive después de haberse proclamado ya terminada la muralla; y hasta debe haber brechas que de ninguna manera fueron cubiertas; claro que semejante afirmación posiblemente sea una de las muchas leyendas que surgieron en torno a la construcción, y que, dada la extensión de la obra, para cada uno en particular, por lo menos, resultaba imposible de comprobar con los propios ojos y elementos de juicio.

Pues bien, en principio uno creyó que habría sido en

todo sentido más ventajoso construir coordinadamente, o al menos coordinadamente dentro de los dos principales sectores. La muralla, de todos modos (según se sabe y de acuerdo con la voz que se hizo correr) fue concebida como defensa contra los pueblos del norte. Pero, ¿cómo puede proteger una muralla que no ha sido construida coordinadamente?

Efectivamente, una muralla así no sólo no puede proteger, sino que su misma construcción está en constante peligro. Estos fragmentos de murallas abandonados en regiones desoladas pueden ser destruidos fácilmente y en todo momento por los nómadas, tanto más cuanto que éstos, asustados en aquel entonces por la construcción de la muralla, cambiaban—como las langostas—con increíble rapidez sus lugares de residencia, y de esa forma podían tener quizá una mejor visión de conjunto sobre los progresos de la construcción que nosotros mismos, los constructores.

No obstante, la construcción, por cierto no pudo llevarse a cabo sino de la forma en que se hizo. Para entender esto hay que tener en cuenta lo siguiente: La muralla debía convertirse en protección por los siglos de los siglos; por eso la más cuidadosa construcción, la utilización de la sabiduría arquitectónica de todos los tiempos y pueblos conocidos, la permanente sensación en los constructores de la responsabilidad personal eran un presupuesto inexcusable del trabajo.

Para los trabajos de menor cuantía se podía, ciertamente, emplear a ignorantes jornaleros del pueblo: hombres, mujeres, niños: al que se ofreciera por una buena paga; pero ya para la dirección de cuatro jornaleros era necesario un entendido, un hombre versado en el arte de la construcción, un hombre que fuese capaz de experimentar hasta en lo más hondo del corazón un sentimiento de adhesión a la causa. Y cuanto más elevada la tarea tanto mayores las exigencias. Y de tales hombres se disponía en realidad, y si bien no en la cantidad que esta construcción podría haber insumido, por cierto sí en gran número.

No se había abordado la obra con ligereza. Cincuenta años antes de comenzar la construcción, en toda la China, que debía ser rodeada por la muralla, el arte

de la construcción, en especial el oficio de albañil, fue declarado la ciencia más importante, y todo lo demás fue reconocido solamente en la medida en que estuviese en relación con aquello. Todavía recuerdo muy bien cómo nosotros, niños pequeños aún, apenas seguros de nuestras piernas, nos manteníamos firmes en el jardincito de nuestro maestro y teníamos que construir con guijarros una especie de muralla; cómo el maestro se arremangaba la túnica y se precipitaba contra la muralla; naturalmente tiraba todo abajo, y nos hacía tales reproches por la endeblez de nuestra construcción que nosotros corramos a la desbandada y berreado hacia nuestros padres. Un incidente minúsculo pero demostrativo del espíritu de la época.

Tuve la suerte de que cuando a los veinte años aprobé el examen superior de la escuela más inferior comenzaba justamente la construcción de la muralla. Digo suerte porque muchos que alcanzaron antes los estadios superiores de la instrucción a ellos aseguible durante muchos años no supieron qué hacer con sus conocimientos; con la cabeza llena de los más fabulosos proyectos andaban por aquí y por allá, y se desmoralizaban de a montones.

Pero los que finalmente accedieron a la obra, así no hubiese sido más que como capataces de la última categoría, fueron realmente dignos de ello. Eran albañiles que habían reflexionado mucho sobre la obra y que no dejaban de reflexionar sobre ella, albañiles que desde la primera piedra que hundieron en el suelo se sintieron consustanciados con la obra.

Naturalmente, a tales albañiles paralelamente al ansia de efectuar el trabajo más escrupuloso, los movía la impaciencia por ver finalmente levantarse la obra en toda su integridad.

El jornalero no conoce esa impaciencia; a él lo único que lo impulsa es el salario. También los jefes más altos, e inclusive los de mediana jerarquía, ven lo suficiente del múltiple crecimiento de la construcción como para mantener la fortaleza de ánimo. Pero con los jefes inferiores, hombres que espiritualmente estaban muy por encima de su misión aparentemente pequeña, se tuvo que tomar otras medidas. No se podía, por ejemplo, tenerlos en una deshabitada re-

gión montañosa, a cientos de millas de su tierra tras piedra durante meses o hasta a de perspectivas de semejante trabajo, em que ni siquiera en una larga vida alcanzaría habría vuelto inútiles para el trabajo. Por tema de la construcción por partes. Quintidrian ser concluidos en unos cinco años; e puesto, la mayoría de los jefes estaban dem habían perdido toda confianza en sí mism el mundo. Por eso, entonces, cuando todaviasmados por la fiesta con que se celebran mil metros de muralla, se los enviaba lejos, viaje veían aquí y allá partes ya terminad pasaban por los lugares donde acampabajerarquía, que los distinguían con condece alegre alboroto de nuevos ejércitos de t allúan a torrentes desde lo hondo de las l abatir bosques que estaban destinados a t andamios para la muralla, veían cómo, t transformaban montañas en sillares; en los canticos piadosos con que se rogaba po de la obra. Todo esto calmaba su impa tranquila en el terruño, donde pasaban c fortaleza. El prestigio de que gozaban tod cipaban de la construcción, la crédula hum atendían sus relatos, la confianza que el si ciudadano tenía en que alguna vez se termi todo esto templaba las cuerdas del alma. (namente esperanzados se despedían entor las ganas de volver a trabajar en la obra naban irreprimibles. Partían de casa antes sido necesario. Medio pueblo los acompañ cho. En todos los caminos, grupos, galla

Nunca habían visto antes cuán grande y digno de ser amado era su país. Cada pa mano para quien uno edificaba una mur que, con todo lo que tenía y era, agrad ¡¡Unidad! ¡Unidad! ¡Pecho con pecho, un del pueblo! ¡Sangre, pero ya no más enc quino sistema circulatorio del cuerpo, sin

mente y no obstante retornando a través de la China interior minable!

Teniendo en cuenta todo esto, el sistema de construcción por sectores se torna comprensible; pero tenía por cierto también otras razones. No es nada raro tampoco que me detenga tanto en esta cuestión; es una cuestión fundamental en todo el asunto de la construcción de la muralla, ¡y tan insustancial que parece a primera vista! Aunque pudiera transmitir los pensamientos y hacer presentes los sucesos de aquella época y tornarlos comprensibles, no podría profundizar lo suficiente, tan luego en esta cuestión.

Por empezar, uno no debe perder de vista el hecho de que en aquel entonces se lograron realizaciones que poco tienen que envidiarle a la torre de Babel por cierto en lo que a aceptación por parte de Dios se refiere, y que, por lo menos de acuerdo con cálculos humanos representan lo contrario de aquella construcción¹. Hago referencia a esto porque hacia los comienzos de la construcción un sabio escribió un libro en el que estableció claramente estas comparaciones. Con ello trató de demostrar que si la torre de Babel no fue concluida, eso de ninguna manera se debió a las razones que generalmente se aducen al respecto, o que entre estas causas conocidas no se cuentan las más importantes. Su argumentación no se basaba solamente en escritos y memorias, sino que él pretendía haber realizado investigaciones en el lugar mismo, y de esa forma haber hallado que la obra se había venido abajo (y tenía necesariamente que venirse abajo) por la endeblez de los cimientos. Claro que en este sentido nuestra época estaba mucho más adelantada que aquella ya remotísima. Casi cada contemporáneo ins-truido era albañil de oficio, y en punto cimientos, infalible. Pero no era aquí adonde apuntaba el sabio, sino que sostenía que la gran muralla llegaría a ser (y esto por primera vez en la era humana) un fundamento seguro para la construcción de una nueva torre de Babel. Por lo tanto: primero la muralla y después la torre.

Por aquel entonces el libro estaba en todas las manos,

¹ "Aquella construcción" es sin lugar a dudas, la muralla, aunque la última vez que dicho sustantivo aparece sea en el párrafo anterior. (N. del T.)

pero yo confieso que aún hoy no comprendo cómo concebía él esta construcción de la torre. ¿La muralla, que ni siquiera formaba una circunferencia sino solamente una especie de cuarto o media circunferencia, debía proporcionar la base de una torre? Esto podía haber sido dicho sólo en un sentido espiritual. Pero entonces, ¿para qué la muralla, que era algo real, producto del esfuerzo y de la vida de cientos de miles? ¿Y para qué se habían trazado en la obra planos (por cierto que planos nebulosos), y se habían hecho proyectos hasta en los más ínfimos detalles sobre cómo amarrar las fuerzas del pueblo en la poderosa nueva obra?

Había entonces mucha confusión en las cabezas —este libro es sólo un ejemplo— quizá precisamente porque tantos buscaban, en la medida de lo posible, unirse en un solo propósito. El ser humano, sustancialmente inestable, cooparticipa de la naturaleza del polvo volandero, no tolera ligaduras; y si él mismo se liga, bien pronto comenzará a tironear de las ligaduras y hará saltar hacia los cuatro puntos cardinales muralla, cadenas y a sí mismo.

Es posible que ni siquiera estas consideraciones que resultaban hasta adversas a la construcción de la muralla no hayan sido tenidas en cuenta por la Conducción al establecer la construcción por partes.

Nosotros —y aquí ciertamente hablo en nombre de muchos— sólo mediante el estudio concienzudo y minucioso de las disposiciones de la Conducción Suprema hemos llegado a conocernos en realidad a nosotros mismos y hemos comprendido que sin la Conducción ni nuestra sabiduría escolar ni nuestro entendimiento humano habrían bastado para cumplir la pequeña función que debíamos desempeñar dentro del gran todo.

En el recinto de la Conducción —donde estaba y quienes se sentaban allí, ninguno de cuantos interrogué sabe ni supo—, en este recinto giraban por cierto todos los pensamientos y deseos humanos, y en círculos contrarios todas las metas y realizaciones; pero por la ventana caían sobre las manos que dibujaban planos los destellos de los mundos divinos. Por eso al observador imparcial no se le pasará por alto que, de habérselo propuesto seriamente, la Conducción podría haber superado también las dificultades que habrían

surgido contra una construcción coordinada. Por lo tanto la única conclusión que se puede extraer es que la Conducción se propuso la construcción por partes. Pero la construcción por partes era sólo una solución de emergencia e inadecuada. La conclusión que resta es que la Conducción quiso algo inadecuado. ¡Peregrina conclusión! Cierro; y sin embargo por otro lado tiene cierta justificación. Hoy se puede quizá hablar de ello sin peligro; entonces era máxima secreta de muchos, y aun de los mejores: "Trata con todas tus fuerzas de comprender las disposiciones de la Conducción, pero sólo hasta cierto punto, después cesa en las reflexiones". Una máxima muy razonable, que, por lo demás, sería más ampliamente glosada en la parábola que después fue repetida con frecuencia: "Cesa en las reflexiones no porque pueda perjudicarte; tampoco de manera alguna es seguro que pueda perjudicarte. En este caso de ningún modo se puede hablar de perjuicio o no perjuicio. Te ocurrirá como al río en primavera: crece, se hace más poderoso, alimenta con más fuerza la tierra de su larga ribera, conserva su propia esencia hasta introducirse mar adentro, y el mar lo considerará más un semejante suyo y lo recibirá con más agrado. Hasta este punto reflexiona sobre las disposiciones de la Conducción. Pero después el río rebasa sus orillas, pierde contornos y figura, hace más lento su curso, contrariamente a su vocación intenta formar pequeños mares tierra adentro, daña los suelos, y sin embargo a la larga no puede mantenerse en su ensanchamiento sino que tiene que correr nuevamente por su lecho; llega, inclusive, a secarse lastimosamente en la siguiente calurosa estación del año. Hasta este punto no reflexiones sobre las disposiciones de la Conducción".

Pues bien; puede que esta parábola haya sido sumamente acertada durante la construcción de la muralla, pero para mí actual informe tiene una validez, cuando más, sólo limitada. Mi investigación es, desde luego, sólo una investigación histórica. De los hace tiempo desaparecidos nubarrones de tormenta no se descarga ya ningún rayo, y por eso tengo derecho a buscar una explicación a la construcción por partes que vaya más allá de lo que entonces bastaba a la gente. Los límites que me impone mi capacidad mental son

ya de por sí bastante estrechos, pero la zona que aquí habría que recorrer es el infinito.
¿Contra quién debía proteger la muralla? Contra los pueblos del norte.

Yo soy originario del sudeste de China. Ningún pueblo del norte podía amenazarnos ahí. Sobre ellos leemos en los libros de los antiguos. Las atrocidades, que, de acuerdo con su naturaleza, cometen nos arrancan suspiros en nuestras pacíficas glorietas. En cuadros que los artistas pintaron con el máximo de realismo vemos esos rostros de maldición: las fauces desencajadas; las mandíbulas cubiertas de dientes afilados; los ojos malvados, que parecen estar ya codiciando la presa que las fauces desgarrarán y triturarán. Si los chinos se portan mal basta con mostrarles estos cuadros para que vuelen llorando a colgarse de nuestro cuello. Pero más de esto no sabemos de estos nórdicos. Como verlos... no los hemos visto, y si nos quedamos en nuestro pueblo no los veremos jamás, y aun en caso de que, montados a atacaballos salvajes, vengan a todo correr directamente a atacarnos... el país es demasiado grande y no les permitirá llegar hasta nosotros... se perderán cabalgando por los aires.

Y si las cosas son así, ¿por qué entonces abandonamos el terruño, el río y los puentes, a la madre y al padre, a la esposa que queda llorando, a los niños, que necesitan quien les enseñe, y partimos a la escuela en la ciudad lejana, y nuestros pensamientos están aún más lejos, junto a la muralla, en el norte? ¿Por qué? Pregunta a la Conducción; ella nos conoce. Ella, que manipula las grandes cuestiones, sabe de nosotros, conoce nuestro pequeño taller, nos ve a todos sentados en la baja choza, y la oración que por la noche el padre recita rodeado de los suyos le es grata o desagradable. Y aunque yo pueda permitirme semejantes reflexiones, sobre la Conducción, también es cierto que debo decir que, en mi opinión, la Conducción existía ya antes; no se reunió como a veces suelen hacer los altos mandarines, que, excitados por un hermoso sueño matinal, convocan con toda urgencia a una sesión; resuelven con la mayor prisa, y ya por la noche sacan con atambores a la población de sus camas para poner en práctica las decisiones, así no se trate

más que de organizar una gran iluminación en honor de un dios que ayer se mostró favorable a los señores, para mañana, apenas consumidas las luminarias, castigarlos en un oscuro rincón. La Conducción más bien existió desde siempre, y lo mismo la decisión de construir la muralla. ¡Inocentes los pueblos del norte que creyeron haber sido su causa! ¡Venerable e inocente el emperador que creyó haberla ordenado! Nosotros, los de la construcción de la muralla, conocemos el asunto de otra forma, y nos llamamos.

Ya entonces, durante la construcción, y después hasta hoy, me ocupé casi exclusivamente de la historia comparada de los pueblos—hay ciertas cuestiones a cuyo nervio en cierta medida sólo se llega por este medio—y de esa forma encontré que nosotros, los chinos, tenemos algunas instituciones populares y estatales de una claridad única, y otras singularmente ininteligibles. Siempre me atrajo investigar las causas, especialmente del último fenómeno, y aún me sigue atrayendo; y también la construcción de la muralla está afectada esencialmente por tales cuestiones.

Ahora bien, entre nuestras más ininteligibles instituciones se cuenta desde ya el Imperio.

En Pekín, sobre todo en la sociedad cortesana, hay alguna claridad al respecto, si bien también esta claridad es más aparente que real. También los maestros del derecho de Estado y de la historia presumen en las escuelas superiores estar exactamente informados sobre estas cosas y en condiciones de transmitir estos conocimientos a los estudiantes. Mientras más desciende uno en la escala de las escuelas inferiores tanto más, y esto es comprensible, desaparecen las dudas sobre el propio saber, y la pseudoerudición se eleva hasta la altura de las montañas en torno de unas pocas sentencias escolásticas consolidadas ya desde hace siglos, que por cierto nada han perdido de su eterna verdad, pero que también permanecen eternamente irreconocidas en esta bruma y en esta niebla.

Pero justamente sobre el Imperio, se debería, en mi opinión, consultar al pueblo, dado que es ahí donde aquél tiene sus últimos puntos de apoyo. En este punto, desde luego, una vez más yo puedo hablar solamente del lugar de donde soy originario. Aparte de las divinidades campesines y de su

culto que de forma tan variada y hermosa llena el año, nuestros pensamientos sólo son para el emperador; pero no para el actual; o mejor dicho: serían para el actual de haberlo conocido o haber sabido de él algo seguro.

Por cierto que siempre nos sentimos impulsados—y ésta fue la única curiosidad que nos poseyó—a informarnos algo sobre el particular, pero, por más extraño que esto pueda sonar, apenas era posible averiguar algo, ni del peregrino que tanto país recorre, ni en los cercanos ni en los lejanos pueblos, ni de los navegantes que no solamente navegan por nuestros ríachos sino también por las corrientes sagradas. Se oían, sí, muchas cosas, pero de eso no era mucho lo que se podía sacar en limpio. Tan grande es nuestro país que ninguna leyenda alcanza sus dimensiones, apenas si el cielo alcanza a cubrirlo. . . . Y Pekín es sólo un puntito, y el palacio imperial un puntito. El emperador es ciertamente, como tal, grande a través de todos los pisos del mundo. Pero el emperador viviente, un hombre como nosotros, se acuesta en una cama que, si bien es cierto es de dimensiones generosas, no obstante es, así y todo, estrecha y corta. Como nosotros, también él estira a veces sus miembros y se siente muy cansado; bofeza con su boca finamente delineada. Pero ¿cómo podemos enterarnos de eso nosotros, miles de millas al sur; que ya casi limitamos con los montes del Tibet? Por lo demás, en caso de que alguna noticia nos llegara, lo haría demasiado tarde, haría ya mucho que estaría anticuada. Alrededor del emperador se apretuja la brillante y sin embargo oscura muchedumbre de los cortesanos—maldad y enemistad bajo las vestiduras de servidores y amigos—, el contrapeso del Imperio, siempre tratando con sus flechas envenenadas de hacer caer al emperador de su platillo de la balanza. El Imperio es inmortal, pero el emperador como individuo cae y es derribado; hasta dinastías enteras se van finalmente a pique y expiran con un solo estertor. De estas luchas y sufrimientos el pueblo no se enterará nunca; como rezagados, como extranjeritos, se mantienen al fondo de las repletas callejuelas laterales, alimentándose tranquilamente de las provisiones que trajeron consigo, mientras en la plaza del mercado, en el centro, bien adelante, se lleva a cabo la ejecución de su señor.

Hay una fábula que expresa bien esta relación.¹

“El emperador—así dicen—te ha enviado un mensajero; a ti, al que está aparte, al súbdito miserable, a la sombra que, insignificante ante el sol imperial, ha huido a la más lejana lejanía; justamente a ti te ha enviado el emperador un mensajero desde su lecho de muerte.

”Hizo arrodillar al mensajero junto al lecho y le susurró al oído el mensajero; tanta importancia otorgaba a este mensajero que se lo hizo todavía repetir al oído. Asintiendo con la cabeza, corroboró la exactitud de lo dicho y, ante todo el público que asistía a su muerte—todas las paredes que estorbaban habían sido derribadas, y sobre las escalinata que se extiende a lo ancho y a lo alto formaban rueda los grandes del reino—; ante todos éstos despachó al mensajero.

”El mensajero se puso inmediatamente en camino. Un hombre fuerte, incansable. Extendiendo ora un brazo, ora el otro, se abre paso a través de la muchedumbre. Cuando encuentra resistencia se señala el pecho, donde está el signo del sol. Adelanta fácilmente, como ningún otro podría hacerlo, ¡pero la multitud es tan grande!, sus alojamientos no terminan nunca. Si tuviera vía libre, ¡cómo volaría!, y pronto oírías el magnífico golpear de sus puños en tu puerta. Pero en lugar de eso, ¡cuán inútilmente se esfuerza! Todavía se está abriendo paso por las habitaciones del palacio interior; jamás logrará superártas; y si lo lograra nada se habría ganado con eso; tendría que cruzar los patios, y después de los patios el segundo palacio, circundante, y nuevamente escaleras y patios, y otro palacio más, y así durante milenios. Y si finalmente pudiera lanzarse afuera por la puerta más exterior—pero nunca, jamás, puede ocurrir esto—apenas si tendría entonces ante sí a la capital del imperio, el centro del mundo, donde se amontonan todos sus desperdicios. Nadie podría abrirse paso por allí, y menos aún con el mensajero de un muerto. Pero tú estás sentado a tu ventana, y te lo sueñas cuando cae la tarde.”

Exactamente así, tan sin esperanzas y tan esperanzadamente, ve nuestro pueblo al emperador; no sabe qué en-

¹ Los tres párrafos siguientes constituyen el relato “Un mensajero imperial”, que forma parte de “Libros publicados por el autor”, incluidos en el tomo I; ver pág. 182. (*N. del E.*)

perador gobierna. Y hasta sobre el nombre hay dudas. En las escuelas se aprenden mal esteño, cuando llega la oportunidad, pero inseguridad general es tan grande que ha no naufraga en ella. Emperadores muertos atrás son entronizados en nuestras aldeas solamente en los cantares hace poco emitidos sacerdote lee ante el altar. Batallas de guerra historia se libran recién ahora. Y el vec encendido, se cae por tu casa con la no imperiales, sobrealimentadas en los alm alejadas de las buenas costumbres por c infladas por la ambición de poder, estrem cia, desbordadas en lascivia, vuelven una ter sus iniquidades. Cuanto mayor es el ú tanto más espantosos lucen todos los color dolor la aldea llega un día a enterarse cómo ha bebido a largos traços la sangre de su

Así procede el pueblo con los ya actuales gobernantes los mezcla con los hombre; un funcionario imperial que an provincia llega por casualidad a nuestro nombre de los que gobiernan algunas re trola las listas de impuestos, asiste a las pregunta al sacerdote por nuestro comp pús, antes de subir a su litera hace un largas amonestaciones a la comunidad all sonrisa se expande por todos los rostro disminuíadamente a los otros, y se agach para no dejarse ver por el funcionario. Pe uno: habla de un muerto como si se trat este emperador hace ya muchísimo que se extinguió. El señor funcionario se burle nosotros hacemos como si no lo notásem riarlo; pero en serio sólo obedeceremos a ñor, ya que todo lo demás sería pecado. Y se aleja de prisa, uno cualquiera surgió desintegrada se erige con paso retumba aldea.

es por cierto ninguna virtud. Y tanto más llamativo resultaba que precisamente esta falta parezca ser uno de los más importantes elementos de unión de nuestro pueblo. Sí, y si uno se anima con la audacia de la expresión, hasta se diría que constituye el suelo sobre el cual vivimos. Hacer una manifestación expresamente condenatoria sobre este punto sería no solamente dar palos a nuestra conciencia sino, lo que es mucho peor aún, a nuestras piernas. Y por esta razón, por lo pronto, no quiero pasar adelante en la investigación de este problema.

8. EL GOLPE EN EL PORTÓN DE LA QUINTA

Era en verano, un día caluroso.

De vuelta hacia casa pasé con mi hermana frente al portón de una quinta.

No sé si ella golpeó por hacer una travesura, o distraídamente, o si solamente amagó con el puño y no golpeó en absoluto.

Cien pasos más adelante, en la carretera que dobla a la izquierda, comenzaba el pueblo. No lo conocíamos, pero no bien hubimos pasado la primera casa empezó a salir gente, y nos hacían señas, amistosas o de amonestación, asustados ellos mismos, encogidos por el miedo. Señalaban hacia la quinta ante la cual habíamos pasado y nos recordaban el golpe al portón. Los dueños de la quinta nos demandarían, y pronto comenzaría el sumario.

Yo estaba muy tranquilo, y tranquilicé también a mi hermana. Probablemente ella ni siquiera había golpeado, y si lo había hecho en ninguna parte del mundo podrían probarlo. Traté de hacerlo entender también a la gente que nos rodeaba. Me prestaban atención, pero se abstuvieron de emitir opinión. Después dijeron que no solamente mi hermana sería demandada sino también yo, en calidad de hermano suyo. Yo mené la cabeza sonriendo.

Todos volvimos la mirada hacia la quinta, de la misma

manera como se observa una humareda esperando ver las llamas. Y efectivamente, pronto vimos entrar unos jinetes por el portón de la quinta abierto de par en par. Se levantó una polvarada; ocultó todo; únicamente se veía centellear las puntas de las altas lanzas. Y apenas la huete se ocultó en la quinta pareció cambiar el rumbo de sus caballos, y por cierto en dirección a nosotros. Quise obligar a mi hermana a irse, pues yo pondría todo en claro. Ella se negó a dejarme solo. Pero yo le dije que debía cambiarse de ropa para poder presentarse a los señores mejor vestida. Finalmente me hizo caso y emprendió el largo camino a casa.

En seguida llegaron los jinetes; sin desmontar preguntaron por mi hermana.

—Por el momento no está aquí—fue la temerosa respuesta—, pero después volverá.

La respuesta fue recibida con indiferencia. Lo que, ante todo, pareció importante fue haberme encontrado a mí. Se trataba principalmente de dos señores: el juez, un hombre joven, vivaz, y su silencioso ayudante, a quien se dio el nombre de Assmann.

Se me dijo que debía entrar en la casa campesina. Lentamente, moviendo la cabeza de un lado a otro, jugando con los tiradores, me puse en marcha bajo la severa mirada de los señores. Todavía creía, casi, que bastaría una palabra para que yo, el hombre de la ciudad, fuese puesto en libertad, y con honores, inclusive, por esa caterva de campesinos.

Pero no bien traspuse el umbral de la casa, el juez, que se me había adelantado de un salto y ya me esperaba allí, dijo: —Este hombre me da lástima.

Pero, sin lugar a dudas, con esto no quería aludir a mi actual situación, sino a lo que pasaría conmigo.

La casa más parecía una celda carcelaria que una morada de campesinos: oscura, grandes losas de piedra, paredes completamente desnudas; clavada en la pared, en algún lado, una argolla de hierro; en el centro, algo que era mitad catre mitad mesa de operaciones.

¿Podría yo gustar otro aire que éste de la prisión? Ésta es la gran pregunta, o mejor dicho: lo sería si aún tuviese perspectivas de ser liberado.